Núm. 6. SEGUNDA SERIE. MARZO 1 DE 1840

La Redaccion y administracion se hallan establecidas en la plazuela del Angel, núm. 24, cuarto segundo.

LA ESPERANZA.

PERIÓDICO DE LITERATURA.

Se suscribe en Madrid en la librería de Cuesta, frente á las covachuelas, y en la estampería de Valle, calle de Carretas.

Con este periódico se reparte todos los meses una hermosa litografía, y se publica un tomo de novelas. *Precios de suscricion*: en Madrid 4 rs. vn. cada mes por solo el periódico y estampa; en las provincias 14 rs. vn. cada trimestre. *Con novelas*: 6 rs. vn. en Madrid y 24 en las provincias.

La fortuna de ser loco.

(Conclusion.)

AÑO DE 1802.

Una porcion de individuos vestidos con raros y distintos trages hacian mil contorsiones en un gran patio rodeado de altas murallas y cerrado con una ancha reja. Eran de aquella clase de personas que hemos convenido en llamar locos, porque su locura es diferente de la nuestra, ó mas bien porque dicen á voces lo que nosotros solemos decir en nuestro interior, no consistiendo el juicio en otra cosa mas que en no sonar muy fuerte los cascabeles de la locura. La casa que encerraba á estos desgraciados estaba situada en Passy á poca distancia de las puertas de Paris y habia sido edificada en 1762. La revolucion derribando castillos y catedrales, habia respetado esta inofensiva habitacion de locos, juzgándola sin duda tan necesaria en el régimen republicano como en el monárquico; y mientras ella daba feroces ahullidos fuera de sus muros, dejaba que los locos ahullasen dentro, como era natural.

En el rincon mas solitario del patio se hallaba sentado en una piedra un viejo que contemplaba atentamente el retrato de una joven. Nadie hubiera reconocido en este viejo con el cabello blanco al joven vizconde d'Argency. La desesperacion le habia trastornado el juicio y hacia cuarenta años que habitaba la casa. Repetidas veces su familia, creyéndolo curado, habia tratado de volverlo á la sociedad, pero en vano porque á los pocos dias era preciso volverlo á encerrar, mas trastornado que nunca. Con la vejez se habia calmado su furiosa locura, trasformándose en una tranquila monomanía, y todo entregado á una idea fija, la de su amor, no habia sentido pasar el tiempo, ni arrugar su frente, ni encanecer su cabello, y se creia aun el joven de 25 años, enamorado de una muger de 18, pareciéndole que Angélica tampoco habia envejecido, conservándose como el retrato que estaba siempre admirando. Nosotros solemos mas bien contar los años que pasan por el cambio que causan en nuestras ideas, que por el que se verifica en nuestros rostros; los pensamientos son verdes en la juventud, tristes y marchitos en la edad madura y la helada vejez nieva sobre ellos y sobre nuestras cabezas. Pero el vizconde, abismado en una sola idea, habia visto huir los años sin apercibirlo, reuniéndose todos en un corto espacio en donde terminaban sus recuerdos con la pérdida de su razon...

Sin embargo, una tarde en 1802 logró el vizconde burlar la vigilancia de sus guardias, y ansioso de ver á Angélica se dirigió precipitadamente á Paris. Muy pronto se halló en el centro de la poblacion. Era cerca de media noche y salia gente de los teatros. A cada persona que pasaba á su lado, hacia el antiguo mosquetero una esclamacion de sorpresa.

—Cómo, decia, las mugeres no llevan esta noche polvos ni tontillo! Qué significarán esas enaguas tan estrechas? Parecen cañas las

mugeres! Pero tambien los hombres van tan estraños!

De repente se dió una palmada en la frente y se echó á reir.

—Ya comprendo, esclamó, sin duda es carnaval y van disfrazados.

Durmió en una fonda y á la mañana siguiente escribió á Angélica una carta amorosa en la que le pedia ansiosamente una entrevista. Dirigió la carta á la antigua casa de la marquesa y llamó á un criado para que la llevase.

Al cabo de una hora volvió el criado, que habia efectivamente encontrado á la marquesa en su misma casa, comprada por ella á su vuelta de la emigracion. Traia una carta. El vizconde se la arrancó de la mano y al abrirla se estremeció pensando que la indiferente Angélica le responderia con el mayor desabrimiento; pero cual fue su admiracion al leer lo siguiente:

«Mi estimado amigo: os espero mañana á las ocho de la noche.=Angélica d'Hervilliers.»

—Mi estimado amigo! esclamó el vizconde. Me llama Angélica su amigo! La veré mañana! Sin duda estoy soñando.

Contaba las horas con una impaciencia inesplicable y pasó los dos dias mas largos de su vida, en mirar el retrato de Angélica, en pasear su habitacion y en mandarse hacer un vestido nuevo, porque queria presentarse con la mayor elegancia.

—Amigo, dijo al sastre dándole algunas monedas de oro, pues su familia nada le escaseaba, necesito para mañana un uniforme completo de mosquetero negro.

Miróle el sastre con estupefaccion.

—Mosquetero! esclamó: sin duda he oido mal. Querreis decir uniforme de la guardia consular.

—Qué es eso de guardia consular? S. M. Luis XV no tiene guardia que se llame así. Hé dicho que quiero un uniforme negro de mosquetero: todo Paris sabe como es; segunda compañía, galones de plata. Vaya con el hombre y su guardia consular!

—Este hombre es loco, dijo el sastre luego que se fue.

—Este hombre es loco, repitió el vizconde.

Llegó al fin el deseado momento. Hizose el vizconde peinar, empolvar y perfumar poniéndose su uniforme de mosquetero que halló muy mal hecho, subió á un coche y llegó á casa de Angélica. Hízolo entrar un criado en una elegante habitacion y salió á avisar á la marquesa.

—Angélica! esclamaba el vizconde contemplando el retrato. Hermosa Angélica! Por fin volveré á ver tu talle esbelto, tu encantadora sonrisa y tus sin iguales gracias.

Oyó el crujido de la seda y esclamó:

—Héla aquí.

Abrióse una puerta y entró una muger vieja. Su frente y sus mejillas estaban cubiertas de arrugas. Pequeños rizos de cabello blanco rodeaban su cabeza y asomaban por entre una cofia de encaje; su talle deteriorado por la edad se marcaba por un vestido de seda oscura cuya cintura estaba debajo de los brazos.

Se adelantó con tardo paso, hizo señas al vizconde para que se sentase, y se arrojó en un sofa.

El vizconde la hizo un saludo que se asemejaba á un gesto y se sentó de muy mala gana.

—Si querrá Angélica, dijo para sí, burlarse de mí enviándome en lugar suyo á su abuela? La vieja lo miraba con tristeza y al fin le dijo.

—Habeis deseado verme!

—A vos, señora, de ningun modo.

—Sin embargo, me habeis pedido una entrevista.

—Una entrevista á vos? Sin duda ha habido engaño.

—No lo creo, dijo la vieja con amarga sonrisa. No es vuestra esta carta?

—Mi carta á Angélica? esclamó el vizconde. Sí, replicó turbado, en efecto es mia esa carta; pero está dirigida á la hermosa Angélica d'Hervilliers, que será sin duda vuestra nieta.

—No tal; yo soy Angélica d'Hervilliers.

Y se levantó precipitadamente para socorrer al vizconde que habia caido en su silla casi sin sentido.

—Tranquilizaos, amigo mio, le dijo con dulzura. He sabido vuestra locura y deseo veros sano. Veniais loco de alegria creyendo encontrar á la joven de 1762; pero considerad que desde entonces acá han pasado 40 años, y que las jóvenes se han vuelto viejas; y yo, aquella Angélica que tanto quisisteis, ha en-

vejecido como las demas y mis ligeros pies estan sobrecargados de gota, y mis ojos no lanzan rayos sino al traves de unos anteojos. Vos mismo, vos, el joven y elegante mosquetero, no sois ya mas que un viejo.

Tomóle la mano y le condujo delante de un espejo.

—Miraos, añadió; es ese aquel rostro brillante que tanto agradaba por su espresion? Y los ojos que tanto me ponderaban por su mirar ardiente, vedlos cuan vidriados estan; y aquel talle elegante que realzaba el uniforme, siento decíroslo, pero no existe ya.

La conmocion fue tan violenta, que el loco sintió una completa revolucion en su cerebro. Sus ideas se fueron trocando, sus ojos que miraban á Angélica y al espejo alternativamente desatentados, perdieron esta espresion, pero tomaron la de la desesperacion.

De repente principió á sollozar; habia recobrado el juicio: pasaba de repente y sin ninguna transicion de la esplendente juventud á la árida vejez, sin amor y sin porvenir. Miraba con espanto las facciones de Angélica y las suyas y sus rostros le parecian dos máscaras que hubiera querido arrancar.

—Viejo! esclamó el vizconde: viejos los dos! cómo! ya no tengo amor ni esperanza! Hace poco me creia joven, tenia ilusiones, sueños ardientes y ahora todo lo he perdido. Ah, señora! qué mal os he hecho yo para que me volvais la razon? Oh, Dios mio! continuó mirando el retrato; es posible que este divino retrato sea el vuestro? Ah! Qué habeis hecho de mi Angélica?

—Teneis mi retrato? veámoslo. Ah! con que yo era esta joven con ese rostro casi infantil, con ese cutis tan blanco y fino.... y ahora....

Y lloró amargamente porque se agolparon á sus ojos las lágrimas que habia derramado al tener las primeras arrugas y todas las que le costó la pérdida de sus atractivos. A poco enjugó su llanto y brilló en su rostro una espresion de orgullo.

—Sabeis, dijo al vizconde, con voz que revelaba toda la coqueteria de una muger, sabeis que era yo muy linda!

—Ah! demasiado por mi desgracia.

—Mi marido hubiera debido de ser muy celoso, porque pocas mugeres pueden jactarse de haber visto mas hombres á sus pies.

—Qué recuerdos!

—El baron de Tangis, dijo contando por sus dedos, ídolo de todas las damas de la corte, el vizconde de Forlins que se perfumaba con ambar, el poeta Vermin que tenia un mirar tan lánguido y me componia tan lindos madrigales, el conde....

—Y qué ha sido de todos ellos?

—Han desaparecido de la tierra.

—Y el baron de Tangis?

—Ayer perdió su último diente.

—Oh! Por qué no le quise dar oidos cuando me disuadia de que os amase? Oh, Angélica, cuán desgraciado me habeis hecho! Yo puse mi felicidad á vuestros pies y vos la despreciásteis. Quise tener una creencia en la tierra, un santo como tenia en el cielo, un Dios y vos habeis desechado mi adoracion y yo como un fanático he ofrecido una vida entera de lágrimas y ruegos ante un altar vacio. Ah, si me hubiéseis amado! Pero qué digo? Podiais acaso hacerlo? Teniais en vuestro corazon una sola chispa de la ardiente llama del amor? Erais hermosa y de hielo.

—Quién os lo ha dicho?

—Oh, Dios mio! Eso me preguntais?

—Sí. Quién os ha dicho que yo no supiese amar? Ah! vos ignorais mis continuas luchas con mis ardientes pensamientos: yo una niña de 18 años, casada con un hombre de 60 y que hubiera entregado un amor tan puro á mi amante! Vos solo conocíais la muger de la sociedad, la muger falsa, porque solo la veíais en los salones y concurrencias cuando no lloraban sus ojos; pero, acaso la conociais en la soledad, cuando se quitaba la máscara y cuando derramaba ardientes lágrimas?

El vizconde la escuchaba confundido, porque se cambiaban en un momento todas las ideas de su vida y llegaba á conocer misterios que nunca pudo sospechar.

—Sabed, continuó la marquesa, que yo tambien tenia mi ídolo; un hombre á quien amaba, hácia el cual se dirigian todos mis pensamientos, cuya voz vibraba en mi corazon y cuya presencia escitaba todas las emociones de mi alma.

—Ah, con que tenia un rival! esclamó el antiguo amante.

Y en este momento estaba celoso; pero celoso, no de la muger que tenia delante, sino

de Angélica, de aquella Angélica que él recordaba.

—Un rival! repitió colérico; decidme su nombre, quiero saberlo: quién era?

—Erais vos!

—Yo? Angélica mia, esclamó el vizconde cogiéndola trasportado de alegría la mano.... Ah, marquesa! Por qué no me lo digisteis hace cuarenta años?

—Por qué? dijo la marquesa con estraordinaria animacion; yo os lo diré. Ese hombre que yo amaba venia con frecuencia á mi casa, y sus labios ansiaban el momento de declararme su amor; pero era tan imprudente, que lo que solo debia conocer una muger, llegó á ser el secreto de todos y hasta del marido de aquella misma muger. Ese mismo hombre tampoco supo esperar á que la voz interior de mi conciencia se debilitase; pero esto quizas no hubiera estorbado su felicidad. Un dia mi marido salió temprano y yo ansiosa de apresurar el instante de ver á mi amante, me puse á esperarle desde un balcon en que podia ver sin ser vista. A poco ví volver á mi marido á pie, cuando habia salido en coche, y que se dirigia á entrar en casa por una puerta escusada. Retiréme del balcon y quedé descuidada, porque no sospechaba que el amante quisiese aun declararse, y tambien porque esperaba poder contenerlo con mi frialdad y con mi desden. Llegó este al fin, advertíle turbado, y le avisé con destreza que podia ser oido. Díjome en seguida que pensaba casarse, y me alegré creyendo que habia comprendido el peligro; pero imaginad cuál seria mi despecho cuando le oi hablarme de amor! La cólera y el riesgo dictaron mi conducta. Lo demas ya lo sabeis. Decidme ahora si no habeis merecido vuestra desgracia?

—Oh, Dios mio! conocer la felicidad cuando no puede gozarse de ella!

Marchóse el vizconde desesperado con lo que acababa de oir y con haber recobrado su juicio.

La realidad le era insoportable y todas las noches pedia á Dios que le devolviese su locura. Sus ruegos no fueron oidos, y el pobre juicioso murió de la pesadumbre de no ser loco.

Biblioteca ambrosiana.

Esta biblioteca fue fundada en Milan por el cardenal Federico Borromeo. Se formó del modo siguiente. El cardenal Borromeo comisionó á varios hombres científicos para recorrer todos los estados á fin de buscar y adquirir obras literarias. Estas espediciones que penetraron hasta en Oriente, produgeron los mas felices resultados y en menos de veinte años se encontró formada de este modo la Ambrosiana, que cuenta en el dia sesenta mil volúmenes, todos raros, todos preciosos, y diez mil manuscritos algunos de ellos de Petrarca y de otros sabios ilustres.

Esta célebre biblioteca carece de catálogo por haber mandado que no le tuviera su ilustre fundador; y para formarle se necesitaria una dispensa de Roma. Sin embargo los doctores de la Ambrosiana tienen un simulacro de catálogo á su modo, en el que se designa á los autores por su nombre de pila; y con el objeto de aumentar el misterio que preside á la nomenclatura de este estraño establecimiento, el lomo de los libros no lleva ningun rótulo.

No entraré á referir minuciosamente todas las preciosidades que encierra, porque seria nunca acabar; me limitaré á indicar las siguientes.

1.ª El famoso Virgilio de Petrarca con una nota apasionada acerca de Laura, escrita por el mismo Petrarca en una de sus páginas. Este raro manuscrito tiene algunas hojas socarradas y quemadas; circunstancia que proviene de que el padre de Petrarca, encontrándole continuamente en su juventud ocupado en esta lectura, se le arrancó un dia de las manos y le arrojó al fuego. El niño poeta, que preferia leer Virgilio á estudiar los *Decretales*, consiguió salvar á tiempo su tesoro.

2.ª Un manuscrito titulado *Josepho*, es de papiro (1) y está escrito por ambos lados, circunstancia casi única; es una traduccion

(1) Planta indígena de Europa y Asia. En lo antiguo se hacia papel de las membranas de sus tallos.

de Ruffin de un monolito egipcio, firmado por Rhamses. Tiene mas de doscientos años de fecha.

3.ª Un manuscrito griego que contiene la vida de Alejandro, y en cuya primera página se atribuye á Calistheno. Parece imposible que un hombre tan virtuoso y que habia sido víctima de Alejandro haya podido escribir una vida laudatoria de su verdugo.

4.ª Una gran caja de madera que contiene los célebres apuntes de las defensas de Ciceron.

5.ª Diez cartas de Lucrecia Borgia á Bembo, con una poesia de este, que respira la mas exaltada y mas pura filosofia platónica. La contestacion de Lucrecia iba acompañada de un bucle de sus rubios cabellos.

Estos cabellos de muger en una gran biblioteca forman un contraste muy particular con tanto precioso manuscrito; y parece ridículo que la custodia de semejante depósito esté confiada á los doctores de la Ambrosiana.

Voy á trascribir algunas particularidades de estas cartas. Bembo tenia treinta años cuando se enamoró de Lucrecia que casi tenia la misma edad. Hé aqui las insulsas palabras que le escribia. *Quiero que los guantes que te envio oculten el hermoso marfil de tus manos á todas las miradas que no sean las mias.— Tus manos son la llave de mi corazon.* Lucrecia sale de Venecia y Bembo la escribe: *Luego que el soplo favorable del viento nos separó y arrebató á mis miradas, á tí primero, y á poco el buque.... Solo, abandonado de mi inseparable compañera, no pude contener las lágrimas, y embozado en la capa, me dirigí á mi casa mucho mas desgraciado de lo que creia.* Esta última suposicion de todo tiene menos de galana, si se considera la opinion que Bembo habia formado del amor que profesaba á Lucrecia.

Del examen de estas cartas resulta que las relaciones de la duquesa de Este con Bembo empezaron en 1503 y concluyeron en 1509; pero este año es ya el de la conversion de la célebre veneciana.

Contiene ademas la Ambrosiana un museo escogido, en el que figuran muchas obras de Leonardo Vinci.

C.

Poesia.

A LA MUERTE DE LA SEÑORITA N...

Reyes que en vuestros tronos mal seguros
Temblais si el viento de la noche zumba,
Venid: mirad la terrenal grandeza
Rota y desecha en silenciosa tumba.
Rica corona que ciñó la frente
La muerte rompe con su mano impía,
Ayer fue rey lo que en sepulcro húmedo
Hoy es polvo tal vez, ceniza fria.
Ese rumor fatídico que mueven
Las hojas del ciprés al murmurar,
Es el vagar confuso de las sombras
La voz que os llama á eterno descansar.
Aquí la paz de los sepulcros reina,
Y ese vano esplendor de vuestra gloria
Es mentida ilusion que fugaz huye
Sin nombre, sin recuerdo, sin memoria.
No brilla vuestro oro ante la tumba,
Ni el cetro ante su vista resplandece,
Ante el sangriento cetro de la parca
Vuestro poder efimero perece.
Ese hedor que la tumba de sí arroja
Vuestro purpúreo manto mancha y aja,
Y ese rico brocado que os encubre
Cambia tal vez en funeral mortaja.
Reyes, huid, con vuestra planta inmunda
No holleis jamas estos sepulcros yertos;
La voz de la ambicion y la mentira
No turben, no, la calma de los muertos.

Aquí en silencio reposa
Y en dulce descanso eterno,
En esa calma dichosa,
Junto al esposo la esposa,
Junto al padre el hijo tierno.

Aquí bajo mármol frio
Do crece amarilla flor,
De la muerte al brazo impío
Yace sin vida, Dios mio,
El objeto de mi amor.

Como tú cándida y bella
Imagen tuya fué, ó Dios;
Mas dijiste, ó crüel estrella,
Al ver otro Dios en ella,
«Imposible que haya dos.»

Y la muerte la robára
Porque solo hubiera uno,
Pero en su crueldad avara
De dos que antes adorára
No me dejará ninguno.

Que adorar no puedo, no,
Al Dios que severo y crüel
Mi dulce amor me robó,
Creyendo tal vez que yo
Tan solo adorára en él.

. . . . . .

Perdona, oh Dios, mi pasion,
Perdona el destino ciego,
Que no siente el corazon,
Ni medita la razon
Cuando arde de amor el fuego.

Perdóname si te ofendo,
Perdona, oh Dios, si te agravio;
Porque en mi dolor tremendo
Tus altos juicios comprendo,
Y miente al hablar mi labio.

. . . . . .
. . . . . .

J. B. Delgado.

El matrimonio.

(Costumbres.)

Hé aquí como se lleva á cabo esta institucion en nuestro siglo. El interes, la vanidad ó los cálculos de padres egoistas, reunen á dos personas que se conocen esteriormente y que saben los bienes que recíprocamente llevan en dote. El cura las encadena para siempre, y concluida la ceremonia se pertenecen los dos jóvenes y empiezan á vivir juntos. Solo se ha olvidado una cosa en las negociaciones matrimoniales, ó por mejor decir no se ha creido necesario averiguar si hay uniformidad de sentimientos entre los dos esposos y si pueden llevarse bien. En el enlace de unos seres para quienes la inteligencia es el todo, se empieza regularmente por echar á un lado la inteligencia.

Se cuenta de este modo:

La hermosura por algo,
El nacimiento por mucho,
El dinero por todo,
El alma por nada!

Qué sucede?

Que los esposos, á medida que se conocen y se ven tales como son en el largo y claro espejo de la vida doméstica, ó se vuelven indiferentes, ó se fastidian, ó se aborrecen, ó bien encorvándose bajo el peso de las exigencias de su situacion, se sufren... se sufren! Cómo es posible que en un estado permanente de guerra abierta, de indiferencia, de resignacion forzada, brote un dulce sentimiento, una sola simiente de felicidad? Se me dirá acaso que exagero, que presento escepciones y que hay un sin número de matrimonios felices. Felices! Y en qué consiste esta felicidad? En abandonarse á la corriente de una existencia monótona y muerta, en alimentar sus sentidos con goces materiales, en hacer callar su corazon cuando late demasiado fuerte, en arrancar de su imaginacion, como yerbas malas y parásitas, toda inspiracion generosa, toda idea ardiente, todo inocente desahogo del alma, que de cuando en cuando podria florecer en los surcos del himeneo. No hablo del hombre, porque ha sabido colocarse en situacion muy ventajosa; pero la muger, qué papel desempeña en la mayor parte de los matrimonios? A los veinte años el de cortesana, á los treinta el de nodriza, mas adelante el de criada y luego el de enfermera. Algunos creerán que predico la abolicion del matrimonio; nada de eso: esta institucion me inspira respeto y admiracion! En vista de la corta duracion de la vida que se disipa tan pronto, me parece muy acertado y muy razonable que los jóvenes que se aman se reunan para tener tiempo de amarse. Me parece que la muger, planta débil y delicada de los cielos, necesita en la tierra del hombre, y que nosotros tenemos aun mas necesidad de la muger para olvidar á su lado las injusticias que nos persiguen, las pasiones que nos agitan, los sinsabores, las tristezas, los pesares que caen algunas veces sobre nuestra alma, pesados y frios como la niebla de diciembre. No, yo no ataco el matrimonio, pero quiero que en su realizacion solo tome parte un

cariño mútuo, muy pensado y esperimentado por ambas partes, y de ningun modo el interes y el egoismo.

C.

La hospitalidad.

I.

Al pie de algunas acacias, de cuyas ramas colgaban hermosas gotas de goma, se elevaban muchas tiendas delante de las cuales estaban sentadas cinco personas; el anciano Ismael, su muger, su hijo Hassem, una joven y un estrangero vestido á lo turco.

—De este modo, mi huesped, dijo el árabe, recogí á esta pobre huérfana.

Aida besó la mano de su padre adoptivo.

—Y espero, prosiguió el anciano, que pronto sea mi hija.

Hassem dirigió una mirada devoradora á la bella Aida.

El estrangero se quedó pensativo; la última frase del árabe y la mirada de Hassem habian producido en él una impresion estraordinaria. Levantáronse y acercándose entonces á la joven, la dijo una palabra al oido, sin reparar en el gesto que Hassem puso.

Hacia ya bastante rato que se habian retirado todos á sus respectivas tiendas, cuando salió el estrangero de la suya y se encaminó á la fuente. A los pocos momentos se agitó una forma ligera y la joven adoptiva se encontró al lado de Achmet.

—Yo te amaba y tu me amabas, Aida, le dijo: pero el anciano Ismael quiere que seas la compañera de su hijo. Si yo destruyese sus esperanzas, faltaria á la hospitalidad que me ha dado.

—Pero Hassem no me ama.

—Esta entrevista es la última que tendremos juntos.

—Qué vas á hacer?

—Lo que Dios manda... marchar!

—Pero, Achmet, has olvidado?...

—No he olvidado que eres digna del hijo del hombre que ahora es tu padre; no he olvidado que soy su huesped, que he bebido en su copa y que ha partido conmigo su tienda. Aida, soy tu hermano!...

La pobre joven bajando la cabeza y devorando las lágrimas sufria el ascendiente del hombre superior. La muger aunque amada era esclava y su amante era su dueño.

De pronto se echó en los brazos de Achmet sobresaltada y temblando.

—Mira, le dijo, mira, en esos zarzales he visto brillar los ojos de una pantera.

Achmet echando mano al puñal se dirigió con resolucion al sitio que le designaba la joven, y cuando estuvo cerca de él oyó el ruido que hubiera podido hacer un animal al tiempo de huir.

—No es nada, dijo; y luego añadió despues de una corta pausa; dentro de dos dias marcharé para el pais del Norte. Cuando me oigas decir que mi ausencia debe ser corta..... no me creas, la separacion será eterna!

—Pero....

—Basta... Entra en tu tienda. Dios lo manda.... obedeces?

—Sí, contestó Aida con voz sofocada, porque ha hablado por tu boca.

Alejóse; y Achmet inmóvil y siguiéndola con los ojos, creyó divisar que una sombra la iba acompañando.

—Dos dias despues se despedia Achmet de la tribu que se hallaba reunida. La pobre Aida apenas podia disimular su dolor. En el momento en que el viagero se disponia á marchar se presentó Hassem á caballo y le dijo:

—Permite, hermano, que te acompañe hasta la fuente salobre.

—Bien, hijo mio, dijo Ismael; y á tí, mi huesped, la mano de Dios te guie y te traiga pronto entre nosotros.

Los dos jóvenes marcharon.

II.

Ocho dias despues se hallaban solos Ismael y Hassem en la tienda de aquel.

—Hassem, dijo con gran calma el árabe á su hijo, por qué no llevas puñal?

—No sé.... contestó turbado, me he olvidado de tomarlo.

—Ve pues á buscarle, hijo mio; quisiera compararle con el que me encontré ayer.

—Padre, dijo Hassem procurando tranquilizarse, hace muchos dias que he notado que

me faltaba esa arma.... Me acuerdo ahora que yendo á caballo me incliné para recoger una rienda, y el puñal se me cayó, siéndome imposible encontrarle.

—Puede que sea este? E Ismael presentaba á su hijo el mango de una hoja que ocultaba cuidadosamente.

—Ese es.

—Mira pues la hoja.

Hassem se estremeció viéndola manchada de sangre y de orin.

—Ven, añadió el anciano dueño ya de sí, sígueme.

Cuando estuvieron en un bosquecillo de Acacias, Ismael se detuvo.

—Hasem, donde has dejado al estrangero?

—Junto á la fuente salobre.

—Sabes si le ha sucedido alguna desgracia?

—No puedo saber si los tigres del desierto le han respetado.

—Hassem! Los tigres tienen puñales? Los valientes hieren por la espalda?... Hassem tú has asesinado al huesped de tu padre.

—Yo he dado muerte, dijo no pudiéndose contener, al ladron que engañaba al que le habia acogido y que correspondia á la hospitalidad con la traicion.

Y refirió la última cita de Achmet y Aida comentando sus gestos y acciones, porque no habia oido una sílaba de su conversacion.

Ismael le escuchó con atencion, pero sus facciones estaban contraidas, y preparó su fusil con afectada frialdad, diciendo:

—Hassem, la hospitalidad es un deber sagrado y el que tiende un lazo á su huesped, está dejado de la mano de Dios..... Yo quiero poder levantar la cabeza y ofrecer mi tienda al viagero!... Dios nos juzga ahora y mañana... la tribu entera nos juzgará!... Vamos mas lejos añadió echandose el fusil al hombro.

—Qué quereis hacer?

—Cuando Dios mandó al patriarca dar muerte á su hijo, el hebreo no vacilaba.... y su hijo no era asesino!... Vamos mas lejos.

Cuando el anciano árabe regresó á su tienda, su muger desconsolada se precipitó á su encuentro.

—Ismael! esclamó, Ismael! que has hecho?

E Ismael no contestaba.

—Ismael!.... Oh! contéstame por compasion.

—Muger, dijo al fin con voz triste y pausada, pero entera, á pesar de las lágrimas que bañaban sus descarnadas megillas: muger, ve á buscar mi azadon y ruega por el descanso del alma de los muertos.

Crónica.

TEATRO DE DRUSY-LANC (Londres). Se ha representado con gran éxito una tragedia nueva titulada *María Stuarda*, su autor M. Hasley. El *Morning-Post* anuncia que se prepara en el mismo teatro una ópera cuya música será elegida entre las composiciones del príncipe Alberto, esposo de la Reina Vitoria.

LA VISIONARIA. Así se titula una comedia en tres actos que un distinguido literato de esta corte ha escrito para el beneficio de Doña Teodora Lamadrid, dama joven de la compañía del teatro del Príncipe.

LANCES DE CARNAVAL. Tal es el título de una pieza original y en verso, escrita por un poeta ventajosísimamente conocido del público y destinada tambien para el beneficio de la Sra. Lamadrid.

TEATRO DE LA CRUZ. El 22 del vencido se ejecutó á beneficio del tenor D. Pedro Unanue la ópera francesa en tres actos del maestro Auber, titulada *Yl Domino nero*. Obtuvo un éxito mediano y se esmeraron en su ejecucion la Sra. Campos y el Sr. Salas.

TEATRO DEL PRINCIPE. Se ha vuelto á poner en escena la acreditada comedia de magia *La Redoma encantada*, y sigue dando grandes entradas. En el mismo teatro se ejecutarán á la mayor brevedad dos comedias nuevas, originales; la primera que se titula *Lealtad de una muger* á beneficio del cuerpo de actores jubilados; y la segunda, que lleva por título *El zapatero y el rey*, á beneficio de Doña Bárbara Lamadrid, primera actriz de la compañía.

BAILES DE MASCARA.

ORIENTE. Los que se dan en este magnífico local estan este año á la orden del dia. El 2.° fue mucho mas concurrido que el 1.°, y sin embargo gracias á las medidas tomadas por la administracion, ningun desorden turbó esta hermosa fiesta nocturna en la que reinaba la alegria y el placer.—Mañana se verificará el 3.°

VILLAHERMOSA. El jueves último se dió el 1.° de los tres que se han anunciado. No sabemos lo que admirar mas, si la magnificencia del local, el gusto con que está adornado, ó la elegancia de la concurrencia. Nos limitaremos á decir que son el centro de la sociedad escogida de Madrid.

TEATRO DEL PRINCIPE. El baile del domingo pasado estuvo concurrido, y por consiguiente muy animado y divertido. Para esta noche á las doce está anunciado el 4.°

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia, n. 6.